



SEMANA MIDDLE SEA MARTINI

El programa del presente año incluye la prueba de "Malta", que, con 45 millas, se celebrará el 3 de octubre; la "Comino", con 30 millas, el 5 de octubre, y la "Cruiser" y la "Middle Sea", que, con sus 830 millas, tendrán lugar el 6 y 7 de octubre, respectivamente. Una de las novedades a destacar es la inversión en la acostumbrada carrera MSR, o sea, los yates navegarán directamente al estrecho de Messina y dejarán Sicilia al puerto. La razón principal para este cambio es asegurar que el obstáculo natural de la carrera —el estrecho de Messina— se presente relativamente temprano, y los participantes tendrán entonces 420 millas aproximadamente, o tres días de navegación, en condiciones normales, para recuperar el tiempo perdido que pudiera ocasionar la marea. En la actual edición se espera que el número de participantes sea muy superior al de otros años, debido a que un número de yates de primer orden internacional serán atraídos al Mediterráneo para su participación en el nuevo Trofeo Internacional de Cerdeña y probablemente tomarán también parte en la Semana MIDDLE SEA MARTINI de Malta. ■

RAPHAEL ETKES. VICEPRESIDENTE DE M. C. A.

Raphael Etkes ha sido nombrado vicepresidente de MCA, ha anunciado Sid Sheinberg, presidente y oficial jefe de Operaciones de MCA, Inc. Etkes continuará sus funciones como ejecutivo en la División de Teatro y Cine, encabezada por Ned Tanen. Sin embargo, con este nuevo nombramiento, Etkes participará también en otras actividades en las que su tesón y experiencia serán valiosos, según Sheinberg. Entre sus nuevas responsabilidades está la supervisión de la Gerencia de la Universal Pictures Internacional Sales División, añadió Sheinberg. Etkes se incorporó en la MCA en 1961. Fue nombrado vicepresidente de Universal Pictures en 1973. ■

PLYMOUTH: UNA NUEVA GINEBRA PARA COMBINADOS

No se trata de otra ginebra, sino de una nueva ginebra distinta a todas las demás: ha sido elaborada especialmente para los combinados. Su fórmula, inspirada en la antigua tradición inglesa del puerto de Plymouth, hace que pueda resistir las colas, las tónicas, los zumos de frutas y todo lo que se bebe en vaso largo. A diferencia de otras ginebras que mejoran su sabor gracias a la tónica, o a la cola, Plymouth da más sabor a los combinados. Compruébelo usted mismo si tiene paladar para notar la diferencia y se acuerda del nombre. ■



doloroso. El mundo es "una escuela de la muerte".

Se ha hablado, a propósito de Bernhard —él mismo lo ha reconocido—, de la influencia de Robert Musil y del suicida Pavese. Habría que añadir también la del romántico alemán Novalis, otro poeta de la enfermedad, "estímulo y sustancia de nuestras cavilaciones".

Trastorno (1967), su segunda novela —primera que se traduce al castellano (1)—, es, en todos los sentidos, paradigmática de las obsesiones de Bernhard. A la pareja de hermanos que nos presentaba en su primera obra narrativa, Frost (Hielo), un pintor al que las gentes del pueblo donde vive toman por loco y a quien su hermano, médico, hace vigilar por un colega, corresponde en Trastorno una nueva pareja: esta vez compuesta por padre e hijo.

El padre —médico rural— invita una mañana a su hijo, estudiante, que acaba de volver de la ciudad de vacaciones, a que le acompañe en una de sus habituales visitas, casa por casa, a los enfermos de la comarca. Será como una visita al museo de los horrores. La brutalidad en el campo es mucho más horrible que en la ciudad, explica el padre. Crímenes absurdos, enfermedades incurables del cuerpo y del espíritu, taras y degeneraciones se le ofrecerán al joven estudiante como objeto punzante de reflexión.

Uno de los pacientes del padre, el príncipe Saurau, señor de Hochgobernitz, se convierte en figura central del relato a lo largo de toda su segunda parte. A través de un monólogo que ocupa más de cien páginas, este decadente personaje, genial y esquizofrénico, va desgranando, ante la pareja, sus masoquistas obsesiones de misántropo, oscilando en todo momento entre los detalles más fútiles de su existencia cotidiana y las visiones más apocalípticas del futuro de la especie.

El monólogo, guiado por la sintaxis implacable de la locura, representa la dolorosa agonía de un ser recluido en su propia cárcel existencial. El príncipe Saurau está solo, vive solo su sufrimiento, un sufrimiento que sólo

a él le pertenece y que forma parte, como explica él mismo, de su propia naturaleza.

Los hombres no son para Saurau más que una monstruosa comunidad de moribundos. El mundo es un escenario donde continuamente se ensaya. Hombres y naturaleza son un engaño. La gente arrastra por las calles su sufrimiento. Para colmo, están los hijos, que son para los padres una llaga incurable. ¿Cómo podría él mismo, por ejemplo, esperar confianza de su hijo, si él, a su vez, no se la tiene? Nunca han estado tan lejos el uno del otro. Imposible sostener una conversación. En su delirio, el príncipe Saurau ve a su vástago, que vive tranquilamente en Inglaterra, preocupado únicamente de arruinar la explotación floreciente de su padre, que considera un monstruoso anacronismo. Esa liquidación vengadora del patrimonio paterno llegará, se imagina el príncipe, después de su propio suicidio. La muerte voluntaria es una constante de la familia Saurau. También el padre de aquél acabó con su vida por aborramiento. Su alimento espiritual, explica el príncipe, era Schopenhauer.

Monólogo fascinante, éste del príncipe Saurau, por la maestría con que está construido; el autor recurre hábilmente a reiteraciones, paralelismos, yuxtaposiciones, que crean un ritmo envolvente que nos arrastra hasta el final. Perfecto ensamblaje de fragmentos de otros discursos, que nos produce la sensación de estar en un laberinto del que buscamos desesperadamente la salida.

Kafka escribió en cierta ocasión que hay libros que muerden y hieren como una desgracia que nos toca de cerca. Este de Thomas Bernhard es como la punta de un puñal que hurgará en nuestras más profundas heridas. ■ JOAQUIN RABAGO.

Laing, contra su propia imagen

Está en entredicho la imagen profética y carismática de un Ronald Laing políticamente renovador. Queda por saber si el llamado "heredero de la revolución pendiente" rescindió su propio contrato en el viaje ha-

(1) Traducción de Miguel Sáenz. Madrid, 1978. Alfaguara.



Ronald Laing.

cia sí mismo que realizara en Oriente hace algunos años, con ayuda de Meher Babá. Lo cierto es que desde que volvió de aquella experiencia mística, Laing pareció abandonar todo interés político (hay quien dice humano) y social. Su actividad se ha limitado a practicar su ciencia en el campo en que habitualmente se ha movido: los enfermos esquizofrénicos. Quizá nunca quiso mover las masas, ni transformar los esquemas tradicionales de represión y, al criticar los recintos cerrados de los hospitales psiquiátricos, reflejó, sin intentarlo, la situación paralela de la sociedad que los contiene. Se trataría entonces más de un profesional que investiga que de un líder popular; Kingsley Hall desapareció, y las pequeñas comunidades paralelas han ido perdiendo interés para el lector médico y para la gran audiencia de jóvenes que durante años han leído ansiosamente cuanto ha escrito.

Para Sedgwick, que ha desarrollado una interesante labor biográfica sobre Laing (1), el atractivo principal de sus teorías reside en la aplicación de la obra de Sartre al complejo mundo del esquizofrénico, la familia y la sociedad. Así que en los años sesenta, junto a David Cooper, parecía claro su compromiso social y político. Laing analiza "La Critique de la Raison Dialectique" desde el punto de vista de la psiquiatría existencial. Por ejemplo, el "grupo juramentado" sartreano se transforma en el "nexo fami-

llar", con sus leyes internas, incuestionables, impositivas, que condicionan al individuo. En aquellos años parecía vinculado a las ideas del filósofo y dispuesto a respaldar su actividad a nivel de compromiso.

Otro aspecto característico de las teorías laingianas es la reivindicación del mundo del esquizofrénico, ante éste mismo y ante el ámbito social. Le quita su carga negativa, y propone el mismo camino esquizoide como una vía aceptable de reivindicación individual, como una forma de liberación ante la presión que siente el enfermo en el ámbito en que vive y, por supuesto, en el hospital psiquiátrico. En las comunidades como Kingsley Hall se permitía que el enfermo llevara a cabo su viaje psíquico-cíclico, que nunca hubiera podido realizar en un manicomio normal. Es muy significativa en este sentido la experiencia de Mary Barnes, que ella misma ha relatado después, y que tuvo lugar en una de esas comunidades psiquiátricas. Laing expresa frente al esquizoide una complicidad, un misticismo más que solidario, que le lleva a considerar recomendable la experiencia, incluso para los no enfermos. Esa última consideración le ha atraído las iras de los que lo interpretan como un llamamiento al consumo de alucinógenos y demás. Lo que Laing siempre negó.

El caso es que Laing se desvinculó de todo a partir de la estancia en Ceilán, a donde acudió para estudiar induismo. Su retiro se considera como una traición, como un abandono, ya que a la vuelta de aquella experiencia que se prolongó por varios meses su actividad se limitó a aplicar lo científico, al margen de la psiquiatría inglesa y de

cualquier compromiso personal. Y aunque sus teorías siguen siendo válidas, su personalidad como psiquiatra ha quedado detenida en sus obras de años atrás, como si ya no fuera capaz de seguir avanzando. Ya no se confía en él como instigador de un cambio en el sistema represivo manicomial ni, por supuesto, como líder de movimientos masivos, al estilo de los "antisiquiatras" italianos. Pero hay que reconocer que, a diferencia de éstos, su teoría nunca apareció vinculada con la política activa.

Su discutida imagen ahora está entre quien le considera un "guru", quien le ve como un adulator convencido de los enfermos esquizofrénicos —puesto que les coloca en un lugar superior— y quienes opinan que Laing ha recurrido a la meditación trascendental como retirada airosa del compromiso socio-político. En cualquier caso, parece que otros habrán de continuar la labor que él inició. ■

CARMEN FERNANDEZ RUIZ.

El último Chandler-Marlowe

"...la vida es un asunto bastante tenebroso y nada más".

(Raymond Chandler)

Jasi ocho años tardó Chandler en dar forma definitiva a su última novela, "Playback" (1), que ahora aparece reeditada en España. La primera edición, hoy agotada, se publicó en 1962 por Plaza y Janés, con el título de "Cóctel de barro".

Para acabar "Playback", Chandler necesitó combinar el whisky en grandes dosis con la estimulante influencia de su amiga Helga Greene, la hija de un acaudalado banquero a la que había nombrado su agente literario. Las razones de esta necesidad de ayuda hay que buscarlas en la muerte de su esposa, en diciembre de 1954, que supuso para el escritor un golpe del que ya no se recuperó.

Con Helga Greene al lado consigue salir por unos meses de su depresión y dejar lista la novela antes del plazo fijado. Se siente capaz de escribir cualquier cosa ("...sonetos, poemas de amor, idioteces, obras de teatro, novelas, incluso libros de cocina"), pero esta euforia le durará poco.

(1) "Playback", de Raymond Chandler. Bruguera, Barcelona, 1978.

El hecho es que, aprovechando un guión escrito en Hollywood para la Universal en 1947, Chandler (que nunca fue fértil en recursos argumentales) decide acometer la novela. A mediados de marzo de 1953 (el año que se publicó "El largo adiós") llevaba ya escrita la mitad, pero la historia no acababa de cuajar. "Esto es terrible —se queja—, padezco una enfermedad muy poco frecuente llamada (por mí) atrofia de los poderes creadores. Puedo escribir a la velocidad del rayo, pero me aburro. Y si esto es así, es imposible que los demás no se aburran más que yo".

En mayo de 1957 anuncia que, por fin, tiene el libro casi terminado, a falta de corregir algunas partes que no le gustaban, entre ellas la del primitivo final. "No estaba mal —confesó cuando ya lo había cambiado—, pero resultaba un tanto suave. Quería inyectarle un poco de dureza. No quería que Marlowe llorara como un desconsado porque alguien se había enamorado de él".

Ese último capítulo de "Playback", en el que Phillip Marlowe acepta el matrimonio que le propone por teléfono un personaje femenino sacado de una novela anterior, aparece como un añadido superfluo, y desconcertó tanto que algunos editores propusieron su supresión. Chandler se negó, y de esa manera Marlowe consigue terminar su trayectoria casado por expreso deseo del autor, aunque éste no estaba muy seguro de que el detective fuera a aguantar el matrimonio, y ya tenía en proyecto otra novela ("Poodle Springs Story"), en la que el casorio de Marlowe y su millonaria esposa se convierte en "una lucha continua con intervalos amorosos". Parece como si a Chandler le remordiera la conciencia por haber domestica-



(1) "Laing y la antisiquiatría". Alianza Editorial, 1978. Interesante compendio sobre el tema, realizado en 1971, que sigue siendo válido. La traducción, de L. Lovelace, está perfectamente realizada.